

Hacer del opio un arma

Dialéctica de la religión y lucha de clases en Georgia

Giorgi KOBAKHIDZE²

*Allá, debajo de la tierra, hicimos un pequeño nicho con un ícono, una cruz y una veladora.
No nos dejan encenderlo. Sólo está ahí, con el pabilo quemado.*

Minero de Tkibuli, Georgia

Entender la creciente religiosidad como el resultado de una educación deficiente o una falta de pensamiento propio no es algo inusual en los países post-soviéticos. Esta explicación hegemónica ha llegado a dominar la esfera pública georgiana, donde el más tímido materialismo es acogido con profunda aversión. “Todavía tenemos una forma de pensar anticuada” sostiene el rector de una universidad estatal; “es nuestra mentalidad soviética” afirma el presidente. La consecuencia de este discurso es una situación política polarizada, con una élite liberal educada por un lado y una mayoría aparentemente retrógrada del otro. No se trata de un argumento nuevo, sino de la más reciente repetición ridícula de una tradición epistemológica con una genealogía intelectual que data de la Ilustración, aunque mucho menos articulada que sus predecesoras.

Una aproximación más marginal a la religiosidad en Georgia apunta hacia la creciente pobreza entre la población. Comparte así algunas de las premisas de la crítica marxista, aunque su elaboración caiga más bien bajo la noción weberiana de la teodicea de la desigualdad. Lo que le falta es la comprensión del carácter dialéctico de la religión misma, su dimensión que puede proporcionar un espacio libre de la racionalidad del mercado.

En las siguientes páginas, intentaremos formular un argumento discursivo basado en las experiencias de la clase trabajadora en la Georgia neoliberal, a través de la siguiente pregunta ¿Qué *motiva* a las personas a buscar refugio en la iglesia? A lo largo del proceso que responderá a esta pregunta, refutaremos el argumento de la “educación deficiente” e iremos más allá del simple señalamiento de las condiciones sociales, para tratar de trazar los contornos de la posibilidad de una práctica revolucionaria dentro de un contexto religioso. Con este fin entrevistamos a trabajadores de tres ciudades industriales en Georgia: Tkibuli, Zestaponi y Chiatura.

Una gran compañía minera decidió construir una iglesia en Tkibuli, una ciudad (post)industrial georgiana que recientemente atrajo la atención del país con una huelga salvaje, la primera de este estilo desde principios del milenio. Los mineros están contentos. Uno de ellos me dice que, si la iglesia proveerá a los trabajadores de un lugar para rezar y no será controlada por los empresarios locales, apoyará la construcción.

¹Este artículo es la versión condensada y acortada de una investigación realizada en ciudades industriales de Georgia. Algunos de sus postulados y resultados han sido tomados en reconsideración.

² Giorgi Kobakhidze es licenciado en filosofía por la Universidad Estatal Ilia (ილიას სახელმწიფო უნივერსიტეტი) en Tbilisi, Georgia. Actualmente estudia un posgrado en la Université Toulouse Jean Jaurès, en Francia.

La actitud del trabajador hacia la construcción de la iglesia por parte de la empresa parece normal en primera instancia: existe conciencia sobre el riesgo de que la compañía utilice esto para su propio beneficio, pero no se reconoce la contradicción interna entre los intereses de clase del minero, el empresario y el sacerdote. Aún así, hay algo aquí que merece contextualización y una observación más cercana. Por lo mismo haremos una brevísima revisión de los presupuestos teóricos detrás de nuestro análisis.

En las últimas décadas, a la luz de las intervenciones militares occidentales en el Medio Oriente, los ataques terroristas en Europa y la reemergencia generalizada de urgentes asuntos religiosos a escala nacional e internacional, un gradual resurgimiento de la crítica materialista de la religión ha tenido lugar. Una nueva ola de crítica de la religión ha tomado impulso en varios ámbitos de la izquierda política y académica. Esta ola no representa una corriente unificada de teóricos, sino que debe ser entendida como una articulación de distintos autores en sus respectivos países que investigan asuntos relacionados con la religión en sus propios campos académicos con conclusiones y problemas que se yuxtaponen. Algunos de ellos son: Roland Boer (crítica de la Biblia), Michael Löwy (sociología), John Molyneux (teoría del arte) y Andrew Mckinnon (sociología de la religión).

La obra de Marx titulada *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* tiene un rol crucial en esta nueva ola. En ella encontramos la clave para comprender el carácter dialéctico del análisis de Marx:

La miseria religiosa es, al mismo tiempo, la expresión de la miseria real y la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura atormentada, el alma de un mundo desalmado, y también es el espíritu de situaciones carentes de espíritu. La religión es el opio del pueblo.³

Después de citar este párrafo, el teólogo Roland Boer escribe: “Aquí está sugerida la ambivalencia de la religión. La miseria religiosa podrá ser una expresión de la miseria real y la religión ser el suspiro, corazón y alma de un mundo sin corazón y desalmado. Pero también es una protesta contra esa miseria.”⁴ Boer no se detiene aquí, sino que llega incluso a sostener que la ambivalencia está presente en la cita más célebre de Marx: “La religión es el opio del pueblo”.

De acuerdo con la investigación de Mckinnon sobre las pesquisas y discusiones parlamentarias en la Europa del siglo XIX, la droga no sólo se usaba para calmar el dolor y los síntomas de varias enfermedades, sino también para *curarlas*. A la luz de estos hallazgos, Mckinnon vuelve a la metáfora de Marx y, a través de una lectura dialéctica, propone la posibilidad de prácticas críticas en el capitalismo tardío.

El significado ambivalente del opio durante la época de Marx se refleja en la analogía con la religión. La religión nace *entre* los pueblos oprimidos, explotados y alienados, y simultáneamente *contra* está misma opresión, explotación y alineación. En este sentido sirve tanto a la necesidad humana de esperanza como a la necesidad política de cambio. Citando la famosa frase de Max Horkheimer, “La religión es el registro de los deseos, anhelos y acusaciones de incontables generaciones”.⁵ Esta es la

³ Karl Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, (Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2005)

⁴ Boer, Roland. *The Full Story: on Marxism and Religion*. (London: International Socialism, 2009)

⁵ Horkheimer, Max. *Critical Theory – Selected Essays*. (New York: The Continuum Publishing Company, 2002)

definición progresista que se perdió y exactamente lo que la nueva ola está tratando de revivir para revitalizar la comprensión marxista de la religión en nuestros días.

Tenemos un ejemplo de esta definición perdida en lo que ocurrió en la huelga salvaje de Tkibuli cuando, en el catorceavo día de la huelga, los mineros decidieron ocupar el edificio administrativo de la mina. Una vez en él, fueron confrontados por el obispo de su iglesia, quién, es importante señalar, no se había aparecido en las dos semanas anteriores. El obispo urgió a los mineros a dejar la mina. Los mineros estallaron en rabia apenas terminó de pronunciar esas palabras: “¿Esto es lo que está escrito en tu libro santo?!” exclamó uno de ellos. Todos los trabajadores presentes eran profundamente religiosos. A pesar de esto, se volvió imposible mantener el respeto hacia el obispo. Éste incluso tuvo que salir escoltado del edificio. Todo el misterio y la armadura metafísica que envolvía a este hombre de Dios se rompieron en este momento. Pero la acusación expresada por el trabajador estaba dirigida únicamente hacia el obispo, no hacia su religión.

Una contradicción similar surgió en otra ciudad industrial -Chiatura-, donde durante casi cuatro años se sustrajo parte del salario mensual de los mineros sin explicación alguna. Considerando el monto de sus salarios, estos recortes a menudo los ponían en la disyuntiva entre comprar pan o comprar medicina. Cuando una trabajadora, una mujer que distribuía almuerzos a los mineros, preguntó a la administración sobre la razón de estas sustracciones, resultó que el dinero iba a ser usado para la construcción de una iglesia en los alrededores. Según lo que recuerda:

Pagamos por ella durante cuatro años. Nunca nos dijeron nada. Algunos siguen protestando. El jefe recibió una medalla de honor del patriarca [rango más alto de la iglesia ortodoxa oriental] por su contribución a la construcción de la iglesia y por su caridad. Pero esto no es caridad. La gente todavía me pregunta cómo logré acabar con las sustracciones. Lo logré diciéndole a los jefes que me estaban quitando lo que me pertenece y que eso está mal. Cuando tengo suficiente, yo misma lo dono, pero no deberían robarme.

Los mineros protestaron contra el reconocimiento que su jefe recibió del patriarca, aunque no públicamente. Otro minero me dijo: “Era la época de las huelgas. Le llamé a nuestro cura, que me redirigió al obispo de nuestra región. Me dijeron que debía confiar en Dios. El problema nunca se volvió a tratar.” Por esto es que las palabras del minero de Tkibuli mencionadas al principio son importantes:

Si es para los trabajadores, lo acepto. Si un empresario construye una iglesia está bien. Pero no debería controlarla. Solo queremos un lugar para rezar.

Los trabajadores en las ciudades industriales de Georgia generalmente no confían en sus empleadores. Sin embargo, esto no significa que el fuerte vínculo entre los empleadores y la iglesia genere escepticismo hacia la religión. Lo que merece atención en todo esto es el hecho de que un intento del empleador por manipular y silenciar a los trabajadores a través de la construcción de una iglesia derivó en el deseo de un espacio libre *del empleador* y de todo lo asociado con él. El trabajador acepta la iglesia como algo opuesto a su compañía y su trabajo. Una religión que esté “*en contra de la miseria real*”. Esto es exactamente a lo que se refiere el aspecto progresista de la religión que se revela en la contradicción de clases. La religión tiene un sentimiento anti capitalista, que contradice el consumismo dócil y la ética de trabajo arduo del capitalismo tardío. Esto es lo que fue expresado por el sacerdote colombiano

Camilo Torres en su famosa declaración pública : “Yo ejerzo mi apostolado llevando a cabo la revolución colombiana por el amor al prójimo y para el beneficio de la mayoría del pueblo”.

Cuando le pregunté sobre la importancia del apoyo de la iglesia durante las huelgas y las protestas, un trabajador de Zestaponi me dijo:

Si sucediera sólo una vez, si una única vez la iglesia nos apoyará, quizás la gente se daría cuenta de que es lo correcto y lo transformaría en una costumbre, una necesidad.

La religión, incluso en su forma comercializada y comodificada, es aún capaz de proveer un espacio no capitalista. Que este espacio se vuelva anti capitalista depende de la intervención política de los parroquianos. El lado progresista de la religión se realizará únicamente cuando esta “necesidad” crítica devenga parte de la lucha.